

## Crónica de la Ciudad de México del siglo XVI

Salvador Rueda Smithers

Rafael Tena (paleografía y trad.) *Diario de Domingo Chimalpahin*, México, CONACULTA (Colección Cien de México), 2001.

**D**omingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhlehuanitzin fue, hasta muy recientemente, uno de los nudos ciegos de la historiografía mexicana. Más oscuro que discreto, hay que decirlo. Hombre nacido a mediados de 1579 en Chalco, de estirpe india, educado familiarmente con esa mezcla de ingenuidad y refinamiento antiguo que ya apenas sobrevivía entre los indígenas del siglo XVI, “donado” a los 14 años de edad a la iglesia de San Antonio Abad de la Ciudad de México, condición y calidad de religioso sin hábitos, colaborador en las tareas eclesiásticas al mismo tiempo que dedicado a satisfacer su vocación de historiador, Chimalpahin fue espectador privilegiado de muchas de las líneas fundacionales del perfil urbano y social colonial de la antigua capital mexicana. De ello escribió profusamente, pero se le recuerda casi sin conocerlo. De ello da fe este texto preparado por Rafael Tena, encargado de la paleo-

grafía y la traducción, primero de las *Ocho Relaciones* y del *Memorial de Culhuacán*, presentadas editorialmente en conjunto, y hoy del *Diario* del historiador chalca.

A pesar de que sus escritos comenzaron a publicarse en el último cuarto del siglo XIX, a despecho de las múltiples menciones de su nombre como indiscutible fuente para entender la densidad cultural indígena y de su historia prehispánica y colonial, la obra escrita de Chimalpahin ha sido de las más incomprendidas y peor difundidas entre los lectores comunes. Es hasta hoy, quizá, uno de los autores más enigmáticos, por desconocimiento, no por las dificultades en su manera de concebir al cambiante mundo que le tocó atestiguar.

La historia de los hombres casi nunca es tranquila. Curiosamente, lo fue la de Chimalpahin, quien tuvo tiempo para consultar documentos que le legaron otros pacientes recopiladores indígenas y de leer los que conservaba la biblioteca franciscana. Con mucho, más agitada fue la suerte de sus escritos, que tuvieron un destino desasosegado. Las *Relaciones* y su complemento, el denominado *Diario*, eran ya un manuscrito frag-

mentado en 1840, y formaban parte de los documentos atesorados en dos repositorios distintos en 1880. De la diversa suerte de sus escritos y de algunos de los rasgos biográficos han explicado ya, y de manera notable, Víctor Castillo Farreras y José Rubén Romero; a Rafael Tena ha tocado el privilegio de revelarlo en el conjunto de su obra. No sin humildad, Tena se acepta como parte de una genealogía de historiadores que diligentemente han investigado el paradero y dado orden a los papeles de Chimalpahin.

Hablemos brevemente del manuscrito conocido como *Diario*. Notable documento que dibuja una Nueva España en expansión, una Ciudad de México que transitaba entre la realidad terrenal de naturaleza inestable, de habitantes que adaptaban a su propia geografía la cultura occidental y el léxico emblemático de los primeros años del barroco, y las extremas manifestaciones de una religión ya desencantada de los sueños utópicos que dieron sentido a la conquista espiritual dos generaciones antes. De él escribió Tena que “nos presenta un sumario de la historia prehispánica del pueblo mexicano y, sobre todo, una crónica detallada

de la vida colonial en la ciudad de México durante los últimos años del siglo XVI y los primeros del XVII". Sin embargo, es fácil notar que este escrito tiene características que hoy nos parecerían extrañas al género. Una de ellas, lo apunta Tena, es la "curiosa circunstancia de que el Diario de Chimalpahin comienza dos años antes del nacimiento de su autor (27 de mayo de 1579)". La otra, no menos obvia, que no es propiamente un diario, toda vez que no hace anotaciones sobre sucesos día con día, sino que refiere, algunas veces de manera puntual y extensa, sucesos destacados de la ciudad, con cierta obsesión por fechas que debieron ser especialmente queridas por el chalca —como la del 4 de octubre, día de san Francisco. A diferencia de las *Relaciones*, crónicas del pasado remoto de la zona oriental del lago de México y de su vínculo con el poderío mexica, el *Diario* era testimonio del presente al que las generaciones futuras, con facilidad, convertimos en escritura de la historia, en historiografía. Chimalpahin fue testigo de mucho de lo que anotó. Miró y escuchó, recabó y guardó. No de manera inmediata, según se descubre de la amplitud de los relatos. Reconstituyó, podría decirse, proyectó mentalmente: su Ciudad de México existió, con pobladores y acontecimientos; imaginó su globalidad, su horizonte más general, ampliado. Su mente, en fin, fue la de un historiador, no la de un cronista circunscrito a lo mirado.

Permítaseme aventurar algunas explicaciones. Es posible imaginar que el *Diario* acompañó a Chimalpahin en sus frecuentes y tal vez largos momentos de silencio en la iglesia de San Antonio Abad. Compañía que le prestaba voz, la de su propia memoria que tomaba distancia, la de los regis-

tros que con seguridad el tiempo devoraría. La de Chimalpahin era una soledad aprovechada, la de quien aceptó desde muy joven la disciplina de los franciscanos desde una posición secundaria, la de indio donado. Podemos suponer que sin miserias morales ni dudas de conciencia, Chimalpahin compensó la humildad cotidiana con una inclinación sin concesiones por hacer de su memoria un instrumento de la exactitud histórica. No estaría equivocado: en nuestro siglo Borges afirmó que la memoria del hombre no es una suma, sino un desorden de posibilidades indefinidas; la escritura, en cambio, acota parcialmente los entrecruzamientos de la realidad con la fantasía. Es esa memoria la base de la identidad personal.

El *Diario* es, para sus lectores actuales, un libro cargado de recuerdos que encadenan otros recuerdos, que dan pie a la conexión de otras crónicas y otros puntos de vista. La primera persona, protagonista del género, es aquí casi una ausente. En este sentido, el texto de Chimalpahin no es una mera acumulación de anécdotas que atareó a un talento desperdiciado en una Iglesia subsidiaria, ni colección de ejemplos de desdichas comunes, almanaque de vírgenes y santos, ni desfile reiterado de catástrofes. El mundo, lo sabemos, no es una mera aglomeración de nombres. Mundo denso, lleno de gente y objetos y sucesos, sin huecos. Es aquí donde muchos se pierden; la melancolía y el regaño son tentaciones frecuentes. No para el chalca: sorprende que en Chimalpahin no se adivine tristeza; tampoco hay asomo de desolación personal —que, dicho sea de paso, sí son evidentes en los diarios de otros contemporáneos suyos de mayor fama, como Kepler y Mon-

tagne. Es posible que su vida en San Antonio Abad fuera, por obligación, exasperadamente rutinaria. No era el suyo un aislamiento buscado, como el de Montaigne, o ganado a pulso a base de rabietas y de la vana satisfacción que da la práctica de pequeñas venganzas, como el del joven Kepler. Por lo contrario, no es imposible que esa soledad del chalca se aviniera perfectamente con su vocación de historiador.

Chimalpahin mostró inclinación por aquello que interesaba a los guardianes indígenas de los sucesos pasados más destacados, por esa forma de la tradición histórica, pero la ensayó junto a la puntilliosidad de quien, seguro de la incapacidad humana de retención ilimitada, hizo de la escritura alfabética el ensamblaje de su propio teatro de la memoria. Chimalpahin era, pues, un hombre de su tiempo, que ejercitó las antiguas maneras de registrar y recordar de sus mayores a la par que practicó la recreación del acontecimiento por medio del relato, ese elemento propio del historiador de corte occidental atento al contexto y la circunstancia. Los acontecimientos fluyen; el historiador también, para robar una frase de Edward Hallet Carr, con la que definió sintéticamente la relación del historiador con su entorno. El *Diario* no refleja la amarga aceptación del melancólico. No es obra de un pesimista sino de un atemperado observador de la realidad, espectador que ha sido testigo de las cosas y los sucesos, sin más compromiso que con la rectitud del recuerdo; es obra de un hombre que decidió fluir con los acontecimientos sin olvidar las formas que el tiempo dio al río de la historia.

Hombre del momento que antecedió al barroco. La escritura de

Chimalpahin no estaba libre de sentir la tiranía de las influencias celestes, del movimiento regulado y regulador del cosmos, de los designios de una Providencia inescrutable. Le preocuparon las contingencias de un clima que con frecuencia convertía las bondades de la lluvia en maldición. Registra inundaciones como las de 1592, 1604 y 1608, o las nevadas de 1613 que afectaron lugares que perecieran insólitos. Redondeó la información posteriormente (lo que indica que no es precisamente un “diario”), pues relató los estragos del mal tiempo meses después, como el encarecimiento del maíz o de sus efectos laterales, que se sumaban como plagas bíblicas, aunque sin la moraleja del castigo divino. Epidemias que no golpeaban azarosamente, sino que cercenaban las zonas más pobres y que, durante el siglo de la conquista, derrumbaron la curva demográfica indígena sin que los comienzos del siglo XVII parecieran cambiar la situación. Registra, por ejemplo, la epidemia de vómito verde (pleuresía, nos explica atinadamente el traductor Tena), que se quiso paliar con procesiones y con pulque blanco mezclado con yerbas; sin mucho éxito, sin embargo, pues también dice el historiador chalca que murieron indios y negros de todas las edades. Luego de las lluvias, conjetura Chimalpahin no sin asombro, fue notoria la abundancia de arañas y otras alimañas. Otros problemas urbanos —hoy olvidados— desfilan en el *Diario*, como el ir y venir terrible de las langostas, los sarampiones, las expediciones fracasadas al hostil septentrión chichimeca, noticias sobre el monarca y los virreyes, de arzobispos que tomaban posesión y morían, o más lejos, de misioneros martirizados en el Japón al lado de

muchos temblores y apariciones de cometas sin que el autor suponga como mecanismo determinante sentidos favorables o funestos. Sólo su registro, aun de hechos milagrosos. Permítaseme reproducir algunos textos, que en su brevedad dan fe de la forma y del fondo de las anotaciones, y del ritmo de la vida en la capital de la Nueva España: el 7 de octubre de 1590 “fue apresado en Cuertlaxcohuapan don Antonio, que era hijo de don Carlos V y hermano mayor de don Felipe, rey de España, y había vivido en Portugal; fue traído a [la Ciudad de] México el lunes 29 de octubre, acusado de querer levantarse en armas, y fue encerrado en la corte”. O esta otra narración sobre una plaga: el 17 de febrero de 1592 —viernes según Chimalpahin; lunes, acota Tena— “salieron de aquí los chapulines para irse a Tlatelolco; y cuando se movían, se oscurecía adonde quiera que iban. El lunes 20 de abril de 1592 nuevamente vinieron, a las 4 [de la mañana, y se oía] como un tañido de campanas cuando se movían; se metieron por todas partes, por San Miguel [o, más bien, San Gabriel, corrige Tena] Tacuba, por Tacubaya, por Coyoacán”. O este otro relato, del ritual de fundación de un templo, en el que se hace coincidir una fecha, el santo patrón y el acto político: “El último día de junio de 1592, martes, se comenzaron a trazar y excavar [los cimientos de] la iglesia de San Pablo, con lo que los padres religiosos de San Agustín, que allá están, tomaron posesión [del sitio]. El gobernador don Antonio Valeriano, los alcaldes Francisco de la Cruz y Hernando García, don Juan Martín y todos los señores principales de San Pablo, y los regidores, a fin de dar posesión de los religiosos, todos ellos toma-

ron piedras y las llevaron en brazos, y los religiosos las iban poniendo con argamasa en la zanja”.

Otros textos llaman la atención al lector actual, es decir, tienen que ver con preocupaciones de hoy en día. Tomemos como ejemplo estos dos, propios de la cultura emblemática que permeaba al finalizar el siglo XVI. Ambos refieren a símbolos de la identidad novohispana, todavía sin la intención expresa de marcar distancia patriótica con respecto a la antigua España, pero que fueron sin duda sus antecedentes: “Al día siguiente —escribe Chimalpahin— el lunes 4 de octubre [de 1593], fiesta de San Francisco, se exhibió una águila que habían hecho los tlacuilos, los cuales representaron un nopal, encima del cual estaba parado el águila, y sobre ésta, como a caballo, iba montado nuestro padre San Francisco; pusieron [la representación] en el atrio, al pie de la cruz, y fue muy admirada, y el predicador fray Jerónimo de Zárate se refirió [en el sermón] a [l hecho de] que San Francisco estuviera montado sobre [el águila]”. Cabe decir aquí que la imagen no era del todo original, pues en ese entonces apareció en Europa, como tópico común, un emblema similar, grabado, que mostraba a Júpiter montado en un águila, para ejemplificar el relato mítico de Ganímedes. El otro texto adelanta con varias décadas la factura del códice Techialoyan García Granados y su nopal genealógico: “El sábado 19 de marzo —dice el registro del historiador chalca—, fiesta de san José, se estrenó una bandera de damas-co-rojo, en cuya orla se pintó el [símbolo de] *atl tlachinolli*, y todos los tlatoque que han gobernado en México estaban pintados en las pencas de un nopal; [aparecía] también una águila ceñida con

[diadema d]el señorío, y sobre ella, como a caballo, estaba nuestro querido padre San Francisco, con la cruz y un papel desplegado en las manos. [La bandera] se colgó en la fachada de San José, y la admiraron el señor virrey y los señores oidores”.

No faltaron los relatos de portentos y milagros, como el de María, la vendedora de atole, quien murió en mayo de 1613 luego de atentar contra designios más allá de lo humano. El relato, largo y lleno de los pormenores de un pleito vecinal, fue glosado por el propio Chimalpahin de esta manera: “se creyó y se comentó entre los vecinos del barrio que Dios nuestro señor en su ira y enojo había castigado a esta mujer, porque hablaba en contra del honor [debido] a la Santa Cruz, ya que se oponía y no quería que se pusieran en el camino donde ahora está puesta en medio del camino y frente a la casa del español Hernán Martín, la dicha Santa Cruz, la cual es propiedad de quienes la levantaron, [es decir], de nuestros amigos y hermanos Juan Morales y su concuño Bernabé de San Jerónimo, que hacen naguas, y es también propiedad de otros mexicas avecindados en Xoloco...”

Cada época y lugar buscan a sus enemigos, con los que son implacables. En este sentido, la vida en la capital de la Nueva España no siempre fue tan provinciana, ocupada por los pleitos de vecinos y atenta a las inundaciones y enfermedades que afectaban localmente. Pocas, pero bien marcadas en la memoria, quedaron algunas acciones que reflejaban actitudes políticas generalizadas en todo el imperio español. Destacan así, los autos de fe inquisitoriales, como la del mulato que fue llevado a la hoguera por administrar sacra-

mentos sin estar ordenado, o los más afamados juicios y ejecuciones contra los judíos. El historiador indígena escribió sobre el “Auto grande de México. El domingo 8 de diciembre de 1596, fiesta de la Concepción de Nuestra Señora, quemaron a cinco judíos relapsos y a cuatro señoras, nueve españoles en total. En efigie se quemó a nueve españoles y a una señora, cuyos huesos estaban en una caja de madera, a veinte en total. Y, por todas, fueron exhibidas 69 personas... Por la tarde fueron a quemar a los relapsos en San Hipólito. Se congregaron para mirar y admirar [el auto] los señores y principales de todos los pueblos, los alcaldes mayores, los corregidores, los tenientes, y todos los españoles; y acudieron asimismo todos los religiosos de los diversos [conventos]. Cuando los llevaban a [l lugar de] la ejecución, todos los religiosos de los ocho monasterios que hay en México los iban acompañando para recordarles la [santa] fe, y los confesaron. Esto ocurrió cuando don Juan de Cervantes era gobernador del arzobispo, y provisor el doctor Ortíz.” Es la presencia de la Inquisición, celosa y activa, eficiente en todos los rincones imperiales, en Nueva España esporádica pero contundente. Se trataba, como diría Leonardo Sciascia, de razón de Estado, sin el contrapeso que separase a la política de la moral o de la creencia religiosa. Razón de estado que no reconocía, y para ello habría que esperar más de un siglo, la división entre lo público y lo privado.

Pero San Hipólito fue escenario también de otra Ciudad de México, de rostro menos rudo que el de la mano inquisitorial, pero igualmente extraña, una ciudad que regulaba, como otras del mundo, su urbanidad. En marzo de 1597

“se hizo pregón en San Hipólito; el pregón se hizo para promover la cría de reses, mulas, cabalgaduras, carneros, gallinas [de Castilla y de la tierra], para [normar] el uso de capa y vestimenta, el porte de espada y daga y todo [tipo] de licencias, para que [la gente] viva de modo que pueda sustentarse, que nadie viva ocioso, que nadie se burle de los otros, que no se haga trabajo comunal durante la semana santa y la pascua de Resurrección, sino que se espere a que haya pasado la pascua”.

Pues Chimalpahin tenía el sentido del siglo que vivía: las mentes lúcidas de ese entonces fueron semilla de la ciencia moderna y de su orientación objetiva, de la visión avecindada a la crítica. Descreían de los argumentos de la justicia de los hombres y sospechaban de las bondades de los poderosos. Evitaban los presagios y la invención de mitologías en lo que veían y atestiguaban —no así, como queda comprobado, en la explicación de sucesos portentosos del pasado remoto que el mismo Chimalpahin relata, basado en los documentos y tradiciones que tenía a la mano para su reconstrucción histórica de sus *Relaciones*, como por ejemplo el relato sobre los brujos de Chalco, capaces de volar y de convertirse en fieras que apunta en algún pasaje de dichas *Relaciones*. Con sus escasas fuentes —que de cualquier modo presumo más abundantes que las que hoy disponen investigadores como Tena— Chimalpahin anotó sucesos y buscó que su memoria no se extraviara. Tena afirmó que al “redactar su Diario, Chimalpahin ya no depende tanto, como en las *Relaciones*, de fuentes escritas que lo constriñan, por lo que expresa con mayor amplitud y libertad sus vivencias y las de sus

conciudadanos, recurriendo incluso al neologismo o al léxico prestado cuando la novedad de la experiencia lo requiere”. Habría que agregar, si la explicación que propongo sobre el diario y su autor es verosímil, que el *Diario* era un texto facturado para sí mismo, un instrumento mnemotécnico. Con él queda reflejado un Chimalpahin en el taller del historiador, en el ejercicio de su vocación: fue consistente y disciplinado observador, pero no profundo; paciente, pero no demasiado prolijo. El suyo, puedo conjeturar, era espíritu sose-

gado. No parece que destacara por su agudeza, ni por examinar desvergonzadamente al mundo. Miró y anotó, con el temor del cristianismo franciscano del amanecer del siglo xvii, temor a Dios pero con ojos razonablemente críticos ante los asuntos humanos.

Una última reflexión. En este libro la pasión debe buscarse sesgadamente, en las orillas de sus hojas, en los dedos que tocaron el del manuscrito y sus copias, en las miradas puestas sobre sus letras. La del memorioso Chimalpahin; en las acotaciones de Sigüenza y

Góngora; en la ambiciosa maniobra de Aubin; en el celo de mexicanos y franceses por cobijar el desmadejado manuscrito; en las reveladoras conjeturas de Luis Reyes, hoy confirmadas; en el cuidadoso y pulcro estudio de Castillo Farreras y de Romero Galván; en las consultas de León-Portilla; incluso en los equívocos de traducción de Silvia Rendón. Es esta pasión por la memoria lo que hoy podemos palpar en la edición de Rafael Tena, quien rescata para nosotros un texto que el destino nos había escamoteado.

## De tramo carretero a ciudad

### Carlos Aguirre Anaya

Eulalia Ribera Carbó, *Herencia colonial y modernidad burguesa en un espacio urbano. El caso de Orizaba en el siglo xix*, México, Instituto Mora (Historia urbana y regional), 2002.

**E**l surgimiento de la industria en gran escala en el país tiene en la región de Orizaba uno de sus ejemplos más distintivos y pujantes. Hacia 1880 ocurrió un espectacular desarrollo manufacturero que trastocó a la región con la fundación de inmensas plantas industriales como no sucedió posiblemente en ninguna otra parte del país. El análisis de Eulalia Ribera Carbó se coloca justo antes de esta crucial etapa de la historia de la región y del país. De ahí, entre otros aspectos, su novedad, pues

la autora selecciona un periodo de la historia de la localidad: las primeras décadas del siglo xix, que no ha tenido la misma atención que otros, como serían las últimas décadas del siglo xix o las primeras del xx. Por otro lado, efectivamente, esta obra se suma a otras de relativa reciente factura sobre la región de Orizaba, nada más que, en esta oportunidad, se hace énfasis en un núcleo urbano singular y no en la región en su conjunto, por más que en el trabajo esté presente la región implícita o explícitamente. De ahí también que la autora se coloque, y de esta manera ubique su análisis, dentro de la llamada historia urbana o en su defecto —como tal vez la autora lo prefirió— como geografía urbana; así, se configura un territorio de reflexión sobre el pasado que se añade a otras perspectivas

como la historia social, política, económica y laboral de la región que en parte ya existen.

Es un estudio dedicado a una ciudad mediana —como lo identifica su autora— en las primeras siete décadas del siglo xix, es decir, antes del Porfiriato. La propuesta explícita de la autora es la de analizar los cambios urbanos que ocurrieron en esta población en el contexto de las transformaciones profundas que se dan en la esfera de los intercambios mercantiles en el mundo occidental, que en términos más generales se comprende como modernización. ¿De qué manera impactan estas mutaciones en ese mundo provinciano bajo el cual vivía aquella ciudad? Es la pregunta que centralmente se hace la autora.

Sin embargo, para poder responder a esta interrogante la autora